

Gente a cenar

Libros del Asteroide

A\*



**Nora Ephron**

**Gente a cenar**

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2026 by The Marital Trust f/b/o Nicholas Pileggi

© de la traducción, Catalina Martínez Muñoz, 2026

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Patricia Bolaños

Fotografía de la autora: © Gino Domenico/AP Photo/Gtres

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Santaló, 11, 3.º 1.ª

08023 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-10178-93-9

Depósito legal: B. 4600-2026

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados, materiales reciclados y otras fuentes controladas, con celulosa 100 % libre de cloro y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11,5.

## Índice

La fea de la orgía	9
Cambio de imagen: La breve y nada glamurosa odisea de mi nueva y glamurosa yo	15
El abrigo de visón	29
Gente a cenar	37
La revista <i>Gourmet</i>	43
Un sándwich	51
El <i>Ontario Bulletin</i>	57
Lo mío con Garganta Profunda: Ahora ya se puede contar, y no precisamente por primera vez	67
Las fotos de Boston	71
Helen Gurley Brown: «Si eres feúcha, vente conmigo. Yo era feúcha y puedo ayudarte»	81
<i>Palm Beach Social Pictorial</i>	111
Diario de una mujer casada de verano en la playa	121

Mi fin de semana en Las Vegas	141
Cuando te nombran Persona del Año	149
Revisión y vida: Empezar desde cero... otra vez	153
<i>Procedencia de los textos</i>	161

Libros del Asteroide

## La fea de la orgía

Hace algunos años, el hombre con el que estoy casada me dijo que siempre había tenido unas ganas locas de ir a una orgía. ¿Por qué narices?, le pregunté. ¿Por qué no?, me contestó. Porque sería como esos bailes de la Asociación de Jóvenes Cristianos a los que iba a mis doce o trece años, le expliqué, solo que en este caso en vez de pasar a mi lado e ignorarme, la gente pasaría por encima de mi cuerpo desnudo y me ignoraría. Esta imagen no impresionó a mi marido en lo más mínimo. Pero a mí se me ha quedado grabada, aunque en otro contexto: trabajar de periodista es exactamente lo mismo que ser la fea de la orgía. Siempre me da la sensación de estar en un evento increíble, donde todos se lo están pasando en grande, riendo, comiendo, bebiendo, echando un polvo en algún rincón secreto, mientras yo me quedo al margen, tomando notas de todo.

Tengo que decir que no llego a encontrarme a gusto en este papel. A veces preferiría con creces ser yo la que se divierte; a veces, en mitad de una entrevista, se apodera de mí un deseo casi irresistible de soltar: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! Ya está bien de hablar de ti. ¿Y yo qué?». Pero entonces me acuerdo de que, como tantos otros periodistas, si me quedo en un rincón tomando notas no es solo porque se da la circunstancia de que estoy trabajando para ganarme la vida, sino también por cómo soy y por los motivos que me llevaron a sentirme atraída por esta profesión.

Todos los escritores que conozco tienen su explicación de por qué escriben, y las fui coleccionando a lo largo de los años con la esperanza de que alguna de ellas resultara ser también la mía. La primera persona que me dio una explicación que parecía buena fue una compañera del *New York Post* (donde trabajé cinco años). Durante mi primera semana en la redacción me dijo que le encantaba su trabajo porque todos los días, al volver a casa, veía a la gente en el metro leyendo sus artículos. Me pasé cuatro años buscando a alguien que fuese leyendo un artículo mío en el metro. Nunca vi a nadie. Hasta que, un buen día, el señor que iba a mi lado abrió el periódico por un artículo mío, dobló la página con cuidado, preparándose para una larga lectura, y empezó a leer. Tardó exactamente veinte segundos en perder

el interés, desplegar el periódico con el mismo cuidado y pasar página.

También recuerdo haberle preguntado a un compañero —que en realidad no tenía ningún motivo especial para trabajar en la redacción de un diario— cómo había llegado hasta ahí. «Verás —me explicó—. No se me ocurre ningún otro sitio en el que hubiera preferido estar el día que asesinaron al presidente.» Me pareció una razón estupenda, y me acordé del día en que mataron al presidente Kennedy y del perverso placer que me produjo trabajar ese día a contrarreloj, la gratitud que sentí por poder dedicarme a contar lo que había pasado en vez de pensar en ello, con la extraña ilusión de controlar la situación.

Pero al final, la razón por la que escribo se volvió muy obvia, y resultó que tenía mucho más que ver con el carácter que con la motivación. La gente que se siente atraída por el periodismo suele ser gente que, por su cinismo, su reserva, su desapego emocional o lo que sea, es incapaz de adoptar otro papel que el de testigo de los acontecimientos. Hay algo que no les deja implicarse o comprometerse de verdad y les permite guardar las distancias. Lo que a mí me permite distanciarme de lo que escribo es, sospecho, un sentido del absurdo que me impide tomarme muchas cosas demasiado en serio. No hablo aquí de objetividad (no creo en ella) ni tampoco pretendo decir que esta dis-

tancia sea un obstáculo para hacer periodismo desde una óptica personal. Siempre he tenido una opinión sobre la orgía. Simplemente no estoy tirada en el suelo entre los demás cuerpos.

Creo que debería hablaros algo más de mí antes de empezar este libro. Lo creo sobre todo porque acabo de leer las introducciones a otras nueve colecciones de artículos de prensa y todas ellas están plagadas de jugosísimas anécdotas de sus autores. Sin embargo, me parece que he puesto en la mayoría de estos textos lo suficiente de mí como para ahorrarme contaros que me chifla comer manzanas McIntosh y caramelos Kraft al mismo tiempo. Cosas así. Diría que casi todos los artículos de este libro tratan de lo que a mí me gusta considerar frivolidades. La moda, las novelas baratas, el mundo del espectáculo y la comida. Podría etiquetar estas cosas con el nombre de cultura popular, pero me gusta tanto hablar de ellas que me horroriza pensar que hay que justificarlas de alguna manera; o al menos a mí me da pena tener que hacerlo.

Una noche, no hace mucho tiempo, fui a un programa de radio para hablar de un artículo sobre Helen Gurley Brown [v. p. 81] que había publicado en *Esquire*, y de pronto me interrumpió otro invitado, un cantante de folk que acababa de soltar una perorata de veinticinco minutos sobre lo importante y necesaria que es la paz. «No me puedo creer que estemos

hablando de Helen Gurley Brown mientras hay una guerra en Vietnam», dijo. Bueno, a mí me preocupa que haya una guerra en Indochina y me manifiesto contra ella; y me interesa que haya un movimiento de liberación de la mujer y me manifiesto a favor. Pero también voy al cine sin parar, y a la peluquería una vez a la semana, y preparo la cena todas las noches y me paso horas delante del espejo intentando que mis ojos parezcan simétricos, y también me intereso por estas cosas. La mayor parte de mi vida sigue su curso intrascendente a pesar de los grandes acontecimientos. Supongo que esto tiene algo que ver con mi irremediable simpatía por la cultura de masas y con haber pasado mi infancia en Hollywood. Pero eso, como suele decirse, habrá que dejarlo para otro momento.

*Julio de 1980*